

Capítulo 23

Las democracias occidentales

Aparentemente, el final de la Primera Guerra Mundial, el Tratado de Versalles y los 14 puntos de Wilson significaban el triunfo universal de los principios democráticos. Sin embargo, no eran más que buenos deseos. En los 20 años transcurridos entre las dos grandes conflagraciones mundiales (1919-1939), los sistemas democrático-parlamentarios sufrieron en toda Europa serios retrocesos.

En los países cuyo sistema político era más débil y más inestable socialmente se fue recurriendo sistemáticamente a dictaduras autoritarias fascistas o semifascistas: Polonia, Yugoslavia, Bulgaria, Albania, Italia, España y Portugal. La agudización de la crisis económica y social en torno a la década de 1930 provocó el hundimiento de la democracia en Alemania y en Austria (países considerados modelo de buen funcionamiento del sistema parlamentario en la década de 1920), y otros eslabones débiles se unirían a la larga cadena de dictaduras: Rumania, Letonia y Lituania.

El sistema que parecía imponerse de forma definitiva en 1918, para 1936 parecía una rara flor que sólo se cultivaba en Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, además de “pequeños países” neutrales y pacíficos, tradicionalmente estables: los nórdicos, Bélgica, Holanda, Suiza, más la adición temporal de la próspera Checoslovaquia. Pero incluso en estas “potencias” democráticas el sistema político parlamentario se percibía como enfermo e insalvable; lo que se debatía era si ellos también caerían en la pendiente del fascismo o si podrían reformar o salvar el sistema parlamentario dentro de su propia dinámica.

La crisis de la democracia parlamentaria

Algunos factores influyeron en la quiebra generalizada de este sistema político, presentado siempre como parangón del progreso social y económico, e incidieron de manera desigual en cada uno de los otros países, según sus características específicas. Especialmente a partir de 1930 nos encontramos ante una *crisis general de Occidente*, que sólo resolvería la Segunda Guerra Mundial.

Si bien los síntomas de la crisis se manifestaron desde inicios de la década de 1920, en medio de un ambiente de prosperidad y seguridad un tanto ficticio, sería la crisis económica mundial de 1929 y las siguientes, la que agudizarían todos esos factores, llegando a poner en riesgo la subsistencia misma del sistema.

Las repercusiones de la guerra y de la pugna entre las grandes potencias

Los problemas derivados de la aplicación del Tratado de Versalles y las dificultades no resueltas, o resueltas a medias, en el juego bélico y diplomático serían una constante fuente de

tensiones políticas; no sólo las protestas resentidas en Alemania e Italia, cuyos efectos sobre el surgimiento del fascismo ya conocemos, sino que también el temor francés a la recuperación alemana provocaría su intransigencia en cuestiones internacionales y el incremento del nacionalismo en sus fronteras.

El sempiterno problema de los Balcanes, con un mosaico de Estados no ajustados a características nacionales precisas y con una presión constante de las grandes y medianas potencias, provocó el establecimiento de férreas dictaduras en esos países.

Pese a las prescripciones de *desarme* previstas en Versalles, algunos sectores de la opinión pública de diversos países europeos (Alemania e Italia, pero también Francia) se opondrían a tales limitaciones, desarrollándose como reflejo un *movimiento militarista*.

Problemas de nacionalidades: los nacionalismos

Muy ligado a lo anterior, generó numerosos conflictos la inadecuada configuración de las fronteras producto del acuerdo de Versalles respecto de las características nacionales (lingüísticas, culturales, socioeconómicas, étnicas) de poblaciones enteras de determinadas regiones europeas, o bien, de sectores minoritarios de esas poblaciones.

Por ejemplo, la existencia de pueblos de características alemanas en Polonia y Checoslovaquia alimentó el *sentimiento pangermanista* en dichas poblaciones y las reivindicaciones territoriales del *Tercer Reich*. Otro de los focos de nacionalismos encontrados era la difícil distribución de poblaciones eslavas, latinas y húngaras entre los Estados balcánicos.

La cuestión irlandesa, o incluso el problema de la inmigración a Estados Unidos de diversas minorías nacionales, fue, sin duda, un factor de disputas nacionalistas aunque su origen sea más antiguo.

La crisis económica y social

La adaptación de la economía y la sociedad de guerra a la inestabilidad que se abría en 1918 causó muchísimos problemas y dificultades.

La crisis en las estructuras económicas, agravadas por el endeudamiento provocado por las reparaciones e indemnizaciones de guerra (de Alemania a Francia e Inglaterra, pero también de éstos a Estados Unidos); los fuertes endeudamientos y desequilibrios, junto a *situaciones graves de desempleo*, consecuencia de problemas de adaptación de la industria, y también de la inadaptación de los antiguos combatientes, fueron las características en los principales países europeos a principios de los años veinte.

Cuando apenas se había comenzado a superar esa crisis, consiguiendo cierta estabilización, la crisis mundial sobre todo monetaria y financiera llegó a Europa en 1930-1931.

La crisis del sistema parlamentario

La crisis de algunos partidos políticos que habían sido ejes del sistema parlamentario (el liberal inglés y el radical francés), determinada por una pérdida de identidad social (desplazamientos del electorado) o ideológica (programas anticuados o faltos de vigor, etcétera), condujo a una *inestabilidad parlamentaria* y electoral creciente.

En una época en que la crisis económica y social obligaba al *ejecutivo* a tomar medidas eficaces y rápidas, la inestabilidad originaba constantes choques entre el ejecutivo y el legislativo, en perjuicio del Parlamento y a favor del fortalecimiento del primero.

Tales problemas se volvieron más graves con la crisis de la década de 1930, cuando los gobiernos chocaron con el poder judicial o las administraciones locales, a la hora de aplicar medidas de urgencia. El intervencionismo cada vez mayor del gobierno en cuestiones económicas, diplomáticas y militares, sin contar con el Parlamento, fue cada vez más común.

Crisis ideológica

El impacto de la Primera Guerra Mundial no fue sólo económico, social o diplomático, pues las ideas *belicistas*, *militaristas* y *nacionalistas a ultranza* adquirieron gran aceptación en todas las naciones participantes. Las *asociaciones de ex combatientes* fueron muchas veces sus mejores impulsoras.

Por otro lado, la conciencia del profundo fracaso de la cultura europea, incapaz de evitar la mayor masacre hasta entonces producida; la aparente superación de valores como libertad, racionalidad y progreso sobre la espontaneidad, acción y violencia; el surgimiento de teorías justificativas de la guerra o de la superioridad nacional, basadas en el *racismo*, la *xenofobia* y el *puritanismo intolerante*, todo ello condujo a un *vacío ideológico*. Éste fue aprovechado por una habilidosa combinación que unió las tradicionales demandas de *orden*, *autoridad* y *jerarquía* con las demagógicas proclamaciones “revolucionarias” de justicia social, engrandecimiento nacional y violencia espontánea de una raza.

Francia

La salida victoriosa de la nación francesa de la guerra mundial dio el apoyo de la sociedad a las fuerzas políticas que habían conseguido este triunfo. En 1919, el *bloque nacional* de centro-derecha fue respaldado en las urnas, y sus líderes *Clemenceau* y *Poincaré* continuaron ocupando los primeros puestos del gobierno, y contando con ellos los ex socialistas Arístides Briand y Millerand.

Sin embargo, los deseos de la opinión pública se orientaban hacia una renovación profunda de la clase política de la Tercera República y hacia una exaltación del nacionalismo francés antigermánico y del prestigio del *partido radical* en otro tiempo, columna vertebral de la República.

La introducción del *sistema proporcional* en las elecciones favoreció la inestabilidad parlamentaria e impidió la formación de amplias mayorías, lo cual acentuó el descontento de la opinión nacionalista.

De 1919 a 1924, los gobiernos del “bloque nacional” se enfrentaron a tres importantes cuestiones:

1. La crisis económica: por la pérdida de valor del franco y el desequilibrio presupuestario permanente provocado por las deudas de guerra y los costos de la reconstrucción.
2. La agitación social: gracias al incremento de la actividad huelguística y de la radicalización sindical (sobre todo de la CGT), el ascenso electoral de comunistas y socialistas, y las medidas estabilizadoras de Poincaré que provocaron numerosas protestas y descontento abierto.
3. La cuestión alemana: la exigencia perentoria de las reparaciones de guerra que tenía que satisfacer Alemania eran una condición necesaria para la recuperación económica de Francia. El nacionalismo revanchista incrementó el peligro de ruptura con los alemanes. La ocupación del Ruhr en 1923 por las tropas francesas, decidida por Poincaré, constituyó el símbolo de esta política.

La victoria del “cártel de izquierdas” en 1924 fue resultado del descontento popular por la política estabilizadora de Poincaré. La coalición formada por radicales, radical-socialistas y socialistas, con el apoyo parlamentario de los comunistas, formó sucesivos gobiernos, que no pudieron resolver la crisis monetaria. Sin embargo, las *reparaciones alemanas* no llegaban y la desconfianza de los grupos capitalistas en el gobierno de izquierdas acabó provocando su caída.

Las únicas consecuencias del programa de la izquierda fueron las que se referían al *laicismo* en la enseñanza y a *medidas anticlericales*, que sólo sirvieron para exacerbar las disputas ideológicas en un ambiente ya de por sí enrarecido.

El retorno de Poincaré en 1926 y de los gobiernos de centro-derecha dio la confianza necesaria a los sectores financieros para reanimar el crédito y las inversiones. La política estabilizadora tuvo éxito y, en 1928, empezaron a notarse los efectos de la reactivación.

La crisis mundial de 1929 no se percibió en Francia realmente sino hasta 1931. Lo hizo menos agudamente que en otras naciones industriales, a causa de la abundancia de la mediana y la pequeña empresas en la estructura económica francesa. No dejó, sin embargo, de hacer sentir sus efectos sobre la estabilidad monetaria y el desequilibrio presupuestario. Los gobiernos moderados que se sucedían en el poder no acertaron a establecer medidas eficaces para conseguir un nuevo equilibrio.

Además, a principios de la década de 1930 la disociación entre el poder ejecutivo y el poder legislativo alcanzó límites peligrosos: los gobiernos sin mayoría caían en pocas semanas. La crisis *constitucional* no pudo solucionarse con la *reforma* intentada para *reforzar al ejecutivo*. Pero un movimiento de opinión contrario hizo que el intento se frustrara.

En 1932 la vuelta al poder de las izquierdas con gobiernos radicales y radical-socialistas, apoyados condicionalmente por los socialistas, no solucionó nada. La crisis económica y del sistema político se fue agravando, mientras comenzaron a revelarse *escándalos político-financieros* que desprestigiaron a los gobiernos y a los partidos políticos de derecha y de izquierda, lo cual socavó la confianza en el sistema.

Tal como se practicaba, el sistema parlamentario era inviable para resolver los problemas reales del país. Llevaba a amplias zonas de la opinión a dudar de la eficacia de la democracia en general y se convirtió en un campo abonado para que el desconcierto ideológico y la crisis de confianza fueran aprovechados por quienes negaban legitimidad al sistema.

Los *movimientos ultranacionalistas* que se venían gestando desde el final de la guerra, apoyándose en asociaciones de combatientes, así como los *movimientos corporativistas*, especialmente de pequeños campesinos, agrupados en ligas de contribuyentes, formaron una base social de partidos y grupos de acción que invocaban la necesidad de instaurar un Estado nuevo.

El más importante de estos grupos, *Action Française*, invocaba un retorno a la monarquía y al catolicismo tradicional, utilizando métodos violentos para imponer sus ideas. Los *Camelots du Roi* eran grupos paramilitares encargados de oponerse a los demócratas y a los militantes obreros. Otros grupos más reducidos, como los *Cruces de fuego*, más próximos a la imitación de nazis alemanes o fascistas italianos, eran más agresivos ideológica y militarmente.

En febrero de 1934 se descubrió un importante escándalo financiero con ramificaciones políticas, el *affaire Stavisky*, que motivó el repudio de la opinión pública.

Un emprendedor y poco escrupuloso agente de negocios, Serge Stavisky, montó varios negocios especulativos en colaboración con importantes personajes (ministros, diputados) del mundo político francés. Su última y más ambiciosa empresa, la emisión de obligaciones sin respaldo, con la garantía de la caja de préstamos de Bayona, fue descubierta. Stavisky se suicidó, pero la investigación destapó la complicidad de dichos políticos, y produjo el asesinato de uno de los funcionarios que llevaban el caso.

Las *ligas fascistas* y los *movimientos ultranacionalistas* y *tradicionalistas* encabezaron esta movilización pública, encauzándola contra las izquierdas, a quienes se acusaba de degeneración.

El 6 de febrero una manifestación de protesta, formada por grupos ultraderechistas, se enfrentó violentamente a la policía e intentó saltar el Palacio de Borbón. El gobierno radical dimitió. Las izquierdas vieron el peligro de un golpe fascista y se movilizaron contra él: *contramanifestaciones* y *huelga general*, promovidas por los comunistas fueron seguidas por los socialistas.

El acercamiento entre socialistas y comunistas se vio favorecido por las nuevas orientaciones emanadas del Séptimo Congreso de la Internacional Comunista.

Celebrado en agosto de 1935, el Congreso supuso un importante giro táctico de los partidos comunistas. Planteándose que el enemigo principal era el fascismo, se decidió lanzar una

alternativa de *frente o bloque popular* antifascista, buscando la colaboración de los socialdemócratas, especialmente, y de otras fuerzas de izquierda.

Dio sus frutos en la constitución del Frente Popular, con objetivos antifascistas y de salvaguardia de la democracia, que aprobó un plan de reformas políticas y económicas. Un año más tarde, los radicales de izquierda se unieron a dicha alianza.

Entretanto, los *gobiernos de Unión Nacional*, formados por grupos desde la derecha democrática a la centro-izquierda, intentaron en vano resolver la crisis económica utilizando *decretos-leyes* ante el bloqueo del sistema parlamentario. Nuevos proyectos de *reforma constitucional*, que reforzaban los poderes del ejecutivo, fueron rechazados por quienes veían en ellos una amenaza autoritaria.

En junio de 1936 triunfó el Frente Popular en las elecciones (desde febrero del mismo año, una coalición semejante ocupaba el poder en España). Creó un gobierno formado por radicales de izquierda y socialistas, bajo la presidencia de *León Blum*, quien ocupó el poder apoyado por los comunistas, e intentó aplicar un programa de profundas reformas políticas y económicas.

Sin embargo, la impaciencia de las organizaciones obreras de base provocó una ola de huelgas y ocupaciones de fábricas, exigiendo la inmediata satisfacción de sus reivindicaciones. León Blum impuso la necesidad de negociación y se alcanzaron los Acuerdos del Palacio Matignon: semana de 40 horas, vacaciones pagadas, contratación colectiva y tribunales de arbitraje, mayor poder de los sindicatos, subida general de los salarios, control de la marcha de las empresas por parte de los obreros, etcétera.

Tales medidas y otras de corte social mejoraron la situación de los sectores más modestos de la población, aunque no contribuyeron a superar la crisis económica, agravándose así el desempleo. Por otro lado, las ligas fascistas fueron disueltas, y sus actividades, perseguidas.

Los problemas económicos y las disensiones motivadas por la *política de no intervención* en la guerra de España provocaron la ruptura del Frente Popular en 1938 y la caída de Blum. Para salir de la crisis el gobierno de Daladier impuso una política de austeridad, pese a la oposición de las organizaciones obreras, y promovió el *rearme militar* ante el peligro alemán.

En agosto de 1936, Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y la Unión Soviética habían suscrito un pacto de no intervención en la Guerra Civil Española, que no fue cumplido por Alemania, Italia, ni más tarde por la Unión Soviética. Las opiniones del gobierno y de los partidos que apoyaban el Frente Popular se dividieron: radicales y socialistas moderados eran partidarios de cumplir el pacto, pero muchos socialistas y los comunistas pensaban que la actuación de Alemania e Italia justificaba la ayuda a la República española. Finalmente, Blum se decidió por mantener el compromiso, aun facilitando a través de la frontera las actividades de los republicanos españoles.

Reino Unido

Evolución de la situación política (1918-1929)

Como en Francia, también en Gran Bretaña la coalición de la Unión Nacional, dirigida por Lloyd George, obtuvo el triunfo en las elecciones celebradas tras la victoria, aunque los laboristas aumentaron su representación. Las dificultades de adaptación de la *estructura industrial* tradicional inglesa a las nuevas necesidades de la competencia internacional provocaron la crisis de recesión de la producción, el desequilibrio presupuestario y la desestabilización de la moneda. La *agitación social*, alentada por la crisis y por el ejemplo bolchevique, se tradujeron en un incremento de la afiliación a las *Trade Unions*, que se radicalizarían hacia la izquierda presionando al Partido Laborista. Una oleada de huelgas se extendió desde 1919 a 1921. Medidas sociales como la extensión del seguro de desempleo consiguieron dominar la tensión.

En 1918, la reforma electoral concedió el derecho al voto a los hombres mayores de 21 años y a las mujeres de más de 30 (a partir de 1928 se extendería a las mujeres mayores de 21 años). Tales reformas y la grave crisis interna del *Partido Liberal* provocaron la bipolarización creciente entre *conservadores* y *laboristas*.

Para resolver definitivamente la crisis económica, los *conservadores*, que gobernaban desde 1922 con Stanley Baldwin, pretendieron establecer un arancel proteccionista, aunque no obtuvieron la mayoría necesaria en las elecciones de 1923 para acometer esa medida y se vieron obligados a dimitir.

Con el apoyo liberal, los *laboristas* formaron el gobierno en 1924 bajo el liderazgo de Mc Donald. Las esperanzas depositadas por toda Europa en esta experiencia inédita en Gran Bretaña, y abierta a profundas reformas sociales, se vieron frustradas. Los problemas económicos, agravados por las *reparaciones de guerra* no satisfechas por Alemania, junto con la *campana de temor antibolchevique*, fomentada por la opinión conservadora, motivaron la caída de un gobierno con tan débil apoyo parlamentario.

Efectivamente, la agitación huelguística había provocado una reacción temerosa de los grupos tradicionales británicos, que vieron en la decisión de Mc Donald de restablecer relaciones diplomáticas y comerciales con la Unión Soviética, en su supuesta debilidad ante el movimiento comunista, una provocación intolerable.

De 1924 a 1929, el Partido Conservador, con Baldwin a la cabeza, protagonizó una era de gobierno estable, con amplia mayoría, que les permitió estabilizar la moneda, limitar las libertades sindicales, restablecer la confianza empresarial y presidir un periodo de prosperidad y de recuperación general.

La cuestión de Irlanda

Desde mediados del siglo XIX, movimientos de resistencia nacionalista y campesina se habían caracterizado por su oposición a la dominación británica. Sucesivas leyes de autonomía (*home rules*) se habían demostrado insuficientes para solucionar la crisis. La guerra mundial sólo consiguió, sin embargo, retrasar una guerra civil que parecía inevitable entre *independentistas católicos*, agrupados en el movimiento “nosotros mismos”, Sinn Fein, y los intransigentes *unionistas protestantes*.

Nuevas insurrecciones independentistas se produjeron en 1916 en Dublín, organizadas por el Ejército Republicano Irlandés (ERI), y reprimidas duramente por las tropas británicas. En 1919, los parlamentarios del Sinn Fein formaron un parlamento libre de Irlanda y un gobierno clandestino, presidido por Eamon de Valera.

El gobierno de Lloyd George intentó solucionar el problema dividiendo el país entre el Ulster, unido a Gran Bretaña, con mayoría protestante, e Irlanda del Sur, con una semi independencia. La ley fue rechazada en principio por los independentistas, aunque finalmente en 1921 se llegó a un acuerdo: el nuevo Estado libre de Irlanda, con gobierno y parlamento propios, estaría integrado en la *Commonwealth*, permaneciendo el Ulster en el Reino Unido.

A pesar de que costó una nueva guerra civil entre los independentistas moderados y radicales (opuestos al acuerdo), la situación terminó estabilizándose en 1923. En los años treinta, bajo la presidencia de De Valera (independentista radical) surgieron de nuevo los enfrentamientos con la metrópoli, aboliéndose el juramento de fidelidad a la Corona y endureciéndose las relaciones comerciales. Se decretó la independencia total en 1937.

La decadencia del imperio inglés: la India

El surgimiento de una conciencia nacional en las colonias británicas acarrearía el progresivo desmoronamiento político del imperio, aunque se mantuvieran aún, si bien debilitados, los tradicionales lazos comerciales de privilegio. En la India, a lo largo de toda la guerra mundial, no cesaron los movimientos pacíficos o violentos en pro de la independencia o, al menos, del autogobierno, reprimidos en ocasiones de forma sangrienta por las autoridades británicas.

El Partido del Congreso, bajo la dirección espiritual del Mahatma Gandhi, que preconizaba métodos *no violentos*, encabezaba esa lucha. Las campañas de *resistencia pasiva* contra Gran Bretaña tuvieron gran éxito en todas las capas de la población india pese a la represión. La lucha por reformas autonomistas se unieron a la petición de reformas sociales profundas que mejorasen la situación de los parias.

En 1931 el movimiento alcanzó su primer gran éxito. Por el Pacto de Delhi, Gandhi ordenó poner fin a la desobediencia civil, y a cambio, el gobernador británico liberó a los presos políticos. Las conversaciones en pos de la consecución del Estatuto de Dominio en el interior de la *Commonwealth* fracasaron al año siguiente, y se retornó a las campañas de desobediencia pasiva.

En 1935 se concedió a los territorios indios una autonomía restringida, aunque más amplia que la anterior. El Partido del Congreso consiguió una gran victoria para la *asamblea legislativa* de la India autónoma, en las elecciones de 1937, y logró mejores posiciones de cara a la independencia, que no llegaría sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

Evolución de la política inglesa (1929-1939)

La crisis económica mundial y sus repercusiones financieras y presupuestarias sorprendieron a los laboristas en el poder (1929-1931). El aumento del paro intentó ser combatido con un incremento presupuestario del seguro de desempleo, financiado con base en *impuestos progresivos e incrementados*. Pero esto hizo crecer el desequilibrio y debilitó la confianza empresarial. La crisis se agudizó en 1931, provocando la división del Partido Laborista.

Una ala izquierda, presionada por los sindicatos, deseaba profundas reformas estructurales, ya que pensaban que lo que estaba en quiebra era el sistema capitalista. Aunque los más moderados, con Mc Donald a la cabeza, eran más pragmáticos y se mostraban partidarios de una política de *austeridad* que devolviera la estabilidad al sistema. Para aplicarla, el ala moderada laborista se uniría a los conservadores y liberales, formando un nuevo *gobierno nacional* (1931) bajo la presidencia de Mc Donald.

Los *conservadores* fueron, a partir de las elecciones de 1931, la mayoría e impusieron su política proteccionista y austera. La protesta de los sindicatos, no obstante, fue enérgica y la agitación social se extendió por las islas, mientras los *laboristas de izquierda* se radicalizaban y el Partido Comunista, siempre minoritario, alcanzaba cierta influencia.

La reacción social contra la agitación obrera, el militarismo y el nacionalismo provocados por los conflictos coloniales y el rearme europeo fueron oportunos para el surgimiento de *bandas fascistas*, de imitación italiana, como las acaudilladas por Oswald Mosley.

A mediados de la década de 1930, ni siquiera la estable democracia parlamentaria británica parecía segura.

Estados Unidos

Contrariamente a las naciones europeas, Estados Unidos salió muy fortalecido económicamente de la guerra mundial. Sin embargo, en la opinión pública norteamericana se produjo un *movimiento de reacción*, alentado por los fuertes monopolios, contra la intervención del Estado en el mercado libre y la libre empresa, que se creían amenazados por algunas tímidas medidas de urgencia, tomadas por el gobierno de Wilson durante la guerra. Este movimiento conllevaba también una postura *aislacionista* en la política exterior, ante el temor de verse involucrados en una nueva guerra europea, y que evidenció su triunfo en la negativa del Senado a ratificar los tratados de Versalles.

La agitación sindicalista, en simpatía con los *soviets* rusos, provocaría también en la opinión conservadora un temor, que se tradujo en el incremento de la propaganda de los valores *tradicionales estadounidenses*. Este sentimiento, teñido de racismo y de inclinaciones xenóforas, sería utilizado para apoyar medidas contra los *inmigrantes europeos*, sobre todo latinos y

eslavos, acusándoles frecuentemente de ser los portadores de ideas subversivas. El triste caso de Sacco y Vanzetti fue un ejemplo de esta mentalidad.

Nicola Sacco y B. Vanzetti eran dos militantes anarcosindicalistas de origen italiano acusados arbitrariamente por la policía de haber cometido robo con asalto. La convicción basada en los prejuicios contra los inmigrantes latinos, de una culpabilidad sin pruebas suficientes, bastó para condenarlos a muerte. Pese a que los sindicatos americanos y europeos desplegaron un fuerte movimiento de solidaridad, fueron ejecutados. Posteriormente pudo probarse su inocencia.

El Partido Republicano capitalizó los deseos de orden, aislacionismo y tradicionalismo, beneficiándose del apoyo de la mayoría de la opinión conservadora y de los círculos de grandes capitalistas (*big bussines*). Desde 1920 a 1932 estuvo en el poder, y hasta 1929 se favoreció de una ola de *prosperidad* económica sin precedentes.

La orientación de los republicanos en materia económica fue de un absoluto liberalismo en apoyo a las grandes sociedades industriales (*trusts*). La ley *anti-trust* era vigente, pero no se aplicaba. Además, en ese entonces el sistema fiscal era un paraíso para las grandes compañías, en perjuicio de los pequeños empresarios y granjeros. Si tenemos en cuenta que Andrew Mellon (secretario del Tesoro en el gobierno republicano desde 1924 a 1932) era uno de los más acaudalados financieros, y que entre los personajes más influyentes del Partido Republicano se encontraban los conocidos grandes monopolistas Rockefeller, Firestone o Dupont, no nos extraña dicha orientación.

La década de 1920 estuvo caracterizada también por el florecimiento del *nacionalismo* estadounidense, de las *tendencias racistas*, a exaltar la pureza del ciudadano blanco, protestante y anglosajón, frente a otras razas, religiones y culturas. La agudización de las discriminaciones étnicas, religiosas o culturales serviría de justificación para establecer *discriminaciones económicas* entre los obreros estadounidenses especializados y con un buen nivel de vida, y la otra masa de inmigrantes o descendientes de éstos quienes sufrían las penalidades de los trabajos más duros y peor pagados.

El refuerzo de las *tradiciones puritanas* de la familia típica norteamericana llevó a tomar una medida como la *prohibición del alcohol*, que sólo consiguió que se multiplicaran los bares clandestinos, el tráfico ilegal y el *gangsterismo*. El terror en las calles de Chicago y la corrupción entre políticos y dirigentes de "sindicatos" gangsteriles fue el contrapunto de la sociedad próspera y puritana de los años veinte.

El Ku-Klux-Klan no fue sino la manifestación más extrema de esta oleada de violencia provocada por los excesos de la reacción conservadora.

El Ku-Klux-Klan es una organización secreta de carácter racista y ultranacionalista americana, con orígenes en la guerra de secesión, pero renovada en 1915. Tenía su arraigo principal en los estados del sur y centro-oeste. En los años veinte desencadenó campañas violentas contra los negros, judíos, intelectuales liberales, militantes sindicalistas, etcétera.

El hundimiento de la Bolsa de Valores de Nueva York el 24 de octubre de 1929 vendría a romper decisivamente esta dinámica. Los intentos del presidente republicano Hoover por restablecer el orden financiero resultaron infructuosos, ante la oposición de los grupos de negocios al intervencionismo gubernamental. Crecieron la recesión industrial, el desempleo creciente y el caos bancario.

En tales condiciones, las elecciones presidenciales de 1932 marcaron un giro profundo en las perspectivas de una sociedad que, despertada bruscamente de su sueño, se encontraba desprovista de confianza y con todos sus falsos valores arruinados. El candidato demócrata triunfador Franklin D. Roosevelt ofrecía un amplio programa de reformas económicas y sociales.

El programa económico *New Deal* (como un *nuevo reparto de naipes*) se aplicó durante cinco años en tres etapas: *en cien días*, destinada a restablecer drásticamente el orden financiero y monetario y a resolver los problemas sociales más graves (ruina de los agricultores y desempleo); *en dos años* (1933-1935), orientada a emprender reformas estructurales en el campo y en la industria, creando organismos de intervención del gobierno, y *en dos años más* (1935-1937), encaminada a mejoras sociales, introducción de seguros, solución a través de obras públicas y establecimiento de nuevas relaciones sociales y laborales entre empresarios y trabajadores a través de organismos de arbitraje y supervisión.

Tales medidas económico-sociales no consiguieron recuperar del todo la situación de prosperidad anterior, aunque sí restablecieron la confianza de la sociedad estadounidense en nuevos objetivos. Además, el reforzamiento del ejecutivo, logrado por Roosevelt, frente a los poderes legislativo y judicial, no sin oposición de éstos, marcaría un nuevo rumbo para el sistema político norteamericano.

Consecuencia de todo ello fue un *cambio cultural e ideológico*, donde los valores de tradición, orden social, autoridad y pureza étnica y religiosa, sin ser del todo desplazados, sufrieron un serio menoscabo frente a los de libertad, progreso social, apertura cultural, igualitarismo social y lucha contra la opresión racial o religiosa.

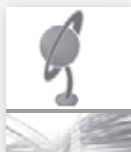


Lecturas sugeridas

BROGAN, Denis William, *Francia, 1870-1939, México*, FCE, 1947.

PRETI, Luigi, *El desafío entre democracia y totalitarismo. Evolución de los regímenes políticos: desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta los años ochenta*, Barcelona, Península, 1983.

TAYLOR, A. J. P., *Historia de Inglaterra, 1914-1945*, México, FCE, 1989.



¡Eureka!

El tango es un baile de complicadas figuras que dirige el hombre sin mirar a su pareja. Nació en Buenos Aires, Argentina, en los barrios bajos. Fue un baile considerado vulgar. Antes de la Primera Guerra Mundial, el tango llegó a Europa y causó consternación. El arzobispo de París lo prohibió, el kaiser Guillermo II ordenó arrestar a los uniformados que lo bailaran y el papa Pío X lo condenó como pecado.

Lee historia

El frente popular en Francia

León Blum, líder indiscutido de la SFIO desde el Congreso de Tours.

León Blum, "izquierdista": "La conquista revolucionaria del poder revolucionario, que es nuestro objetivo, es la toma de la autoridad central [...] por los medios que sean [...] No existe un solo socialista que se deje encerrar en los límites de la legalidad" (Tours, 1920). "Se puede ocupar el poder a título preventivo, para cerrar el camino al fascismo o para privar al capitalismo de su fuerza de resistencia o de agresión. Pero sin dejar que se cree o se desarrolle la ilusión de que el ejercicio del poder en esas condiciones puede conducir a la realización, incluso parcial, del socialismo" (Conferencia de París, agosto de 1933). Los principales dirigentes del partido —Paul Faure y J. B. Séverac— competían en este aparente neoguesdismo. En el Congreso de la SFIO de mayo de 1936, tras la victoria electoral del Frente Popular, la resolución final careció de matices: "Una vez franqueada la actual etapa [...] (el partido) deberá dirigir su marcha y su actividad hacia todo el poder para el socialismo [...] El objetivo revolucionario de nuestro partido y el prefacio necesario para la construcción del orden socialista es, y lo seguirá siendo hasta su completa realización, el derrocamiento del régimen capitalista".

Sin embargo, León Blum insiste, desde 1933, en una distinción (que repetirá incansablemente) entre la "toma del poder" y el "ejercicio del poder". La "toma del poder" es el único acto revolucionario, en cuanto que tiende a la total destrucción del régimen capitalista y a la "transformación social"; los socialistas, lejos de renunciar a ello, saben que es inevitable a causa de [...] "la evolución de las sociedades" (Pour être socialiste, 1933). En consecuencia, los socialistas, al rechazar el ministerialismo, no pueden hacer otra co-

sa que ayudar a vivir a gobiernos de izquierda (Notre effort parlementaire, 1933). "El ejercicio del poder" es la gestión por parte de los socialistas, por razones un poco excepcionales y para objetivos limitados, del orden legal existente, dentro del marco del capitalismo y dentro del respeto de las reglas constitucionales establecidas. ¿Con qué propósito? Con el de —escribe Blum en 1933— "acelerar el ritmo de la evolución capitalista que conduce a la revolución".

León Blum abordó en 1936 la primera experiencia gubernamental de los socialistas en Francia con una mezcla de esperanza y de aprehensión. "Se trata de saber si será posible asegurar un tránsito, un arreglo entre esta sociedad y la sociedad cuya definitiva realización es y sigue siendo nuestro propósito y nuestro objetivo" (31 de mayo de 1936). Pero, mientras en 1933 había proclamado que "ningún socialista consentiría en dejarse encerrar en los límites de la legalidad", ahora se dejará derribar por el Senado y no se atreverá a intervenir en la guerra española. En 1941, en el proceso de Riom, León Blum meditaba sobre su paradoja: no había buscado el poder, había apartado de él a su partido durante todo el tiempo que pudo, pero al fin había tenido que "ejercer" el poder. Pero ya desde 1936, en el umbral de la experiencia, meditaba sobre el fracaso "cuya posibilidad ni por un instante consideraba": "No podemos hacer más que preparar [...], en los ánimos y en las cosas, el advenimiento del régimen social cuya realización en la hora actual no está todavía en nuestro poder" (31 de mayo de 1936, L'exercice du pouvoir).



Touchard, Jean,
Historia de las ideas políticas,
Madrid, Tecnos.

Lee historia

La crisis de la democracia parlamentaria

Maurice Crouzet

El incremento de las fuerzas organizadas de la clase obrera y el contagioso poder de la revolución comunista han provocado una profunda alteración en el régimen de la democracia liberal. Mientras sólo se oponían los partidos de matiz conservador o liberal que en el fondo estaban de acuerdo sobre lo esencial, es decir, sobre la estructura de la sociedad, fue posible que funcionara regularmente un sistema de alternancia de partidos, pues cada uno de ellos estaba seguro de que su adversario no asestaría un golpe irremediable al derecho de propiedad. Pero ahora ocurre algo muy distinto; ya no se oponen dos fracciones de una misma clase, sino dos clases en lucha, y la clase obrera no se contenta con reformas parciales ni graduales, sino que intenta extender los principios de la democracia a la esfera económica y social; la reivindicación de esta reforma social puede apoyarse en una fuerza creciente, y por ello pone en peligro las bases del orden establecido. La tensión se hace más violenta y la clase dominante se atrinchera en su conservadurismo para impedir las reformas de la estructura; abandona los métodos

tradicionales para obligar al gobierno a que practique la política que le conviene. Incluso en la patria por excelencia del régimen parlamentario, un socialista moderado como Harold J. Laski tuvo conciencia de este desacuerdo y se preguntó si era posible adaptar el laborismo, que tiende a la transformación social, al parlamentarismo, cuyo mecanismo parece excluirla. Además, las grandes empresas que controlan las industrias clave son a la vez más poderosas y más frágiles que nunca, pues su prosperidad depende ahora de la política económica que siga al gobierno, que puede ayudarlas a ponerlas bajo su tutela mediante su legislación aduanera, fiscal y social. La doctrina liberal que pedía al Estado que no interviniera en sus problemas sociales o económicos ha sido superada; es preciso situar y mantener al Estado en el campo de los intereses de las clases dominantes para utilizarlo y controlarlo.

Crouzet, Maurice,
Historia de las civilizaciones,
Barcelona, Destino, 1961, p. 82.



PÁGINA INTENCIONALMENTE
DEJADA EN BLANCO

Actividades



1. Elabora una tabla comparativa de los problemas a que dieron lugar los nacionalismos de Francia, Inglaterra y los Balcanes.

2. Organicen, en el salón de clases, un foro para debatir la participación de Action Française y los Camelots du Roi, en Francia; Sinn Fain, en Irlanda, y el Ku-Klux-Klan, en Estados Unidos.

3. Elabora una biografía de Nicola Sacco y B. Vanzetti.
